

Armando Mook ha muerto

¿Acaso allá en la entraña donde germinan los presentimientos llevaba Armando Mook clavada la certidumbre que iba a morir en plena madurez de su talento? Lo cierto es que siempre escribió febrilmente como obedeciendo a una fuerza ciega que lo impulsaba a decir cuanto antes su mensaje de dramaturgo. Desde sus veinte años cuando apareció en el umbral chileno con su comedia "Isabel Sandoval, modas", hasta sus cuarenta y ocho en que lo ha sorprendido la muerte, después de haber estrenado hace poco "Algo triste que llaman amor", Armando Mook dio a la escena más de un medio centenar de obras. (Escribimos estas líneas bajo la impresión de la noticia, con la nerviosidad y precipitación a que nos obliga nuestro oficio y no hemos tenido ánimo para recurrir a un diccionario biográfico que nos daría su edad exacta y el exacto número de sus comedias). Estos datos fríos pueden tomarse cuando el desaparecido es un hombre que no hemos conocido; pero en este caso, a la grande estimación que sentíamos por el autor, se añade el afecto cordial que teníamos al hombre. Así las palabras nos salen calientes con sabor a sangre y se niegan a servir de instrumentos de citas de fechas y títulos. Estamos dolorosamente perplejos y sólo afinamos a decir que con Armando Mook el teatro chileno pierde a su autor más representativo y fecundo; al luchador más infatigable y fervoroso que a todos nos diera ejemplo de voluntad y amor por las disciplinas intelectuales del tinglado.

Armando Mook, había nacido hombre de teatro, llevaba en las venas ese noble afán de ver la vida a través del prisma de la representación. Para él, los hombres eran ante todo personajes, caracteres, y sus ideas y dolores, sus actos y alegrías, temas para desarrollar en ese mundo pequeño en dimensiones; pero ilimitado en sus proyecciones y sugerencias espirituales que es un escenario. Este sentido dramático que tenía de la vida hizo que fuera, aparte de un magnífico animador de tipos y de conflictos, un admirable técnico teatral. Poseído de una inquietud creadora que nunca lo abandonó, en sus treinta años de autor abordó con igual maestría todos los géneros, desde la farsa deshumanizada como en

"Mundial Pantomim" hasta el drama como en "La Serpiente"; pero sin duda su cuerda más generosa era la comedia psicológica en la que obtuvo sus mejores triunfos con "Ferdinand Pontac", "El mundo y yo no estamos de acuerdo" y "Rigoberio".

Su misma inquietud y sus ambiciones de dramaturgo lo hicieron buscar en horizontes más amplios y de mayor repercusión artística que nuestro estrecho ambiente teatral, emigrando a la Argentina donde bien pronto, con el legítimo triunfo obtenido por sus obras no sólo dio brillo a la literatura dramática de su tierra natal, sino que pasó a figurar entre los autores más cotizados del teatro argentino. Considerado como uno de los más representativos autores sudamericanos, sus dramas y comedias integraron los repertorios de las mejores compañías de habla castellana y atravesaron el Atlántico recibiendo su consagración en España.

Ya estábamos acostumbrados a recibir cada cierto tiempo el eco de los aplausos que trasmontaban la Cordillera y nos hacían sentirnos orgullosos de sus triunfos. En la temporada de este año había guardado silencio, es decir no había estrenado ninguna obra; y precisamente cuando esperábamos alguna noticia suya nos ha llegado la más inesperada y dolorosa: la de su muerte ocurrida ayer en Buenos Aires.

Con el desaparecimiento de Armando Mook, pierde el teatro chileno a su autor más fecundo y de mayor personalidad. Mucho habría que decir sobre sus luchas en pro de nuestra escena nacional; y también de las incomprensiones que sufrió cuando expuso ideas y proyectos para el desarrollo y la revitalización de ella. Armando Mook se ha marchado sin que se escuchara la autoridad de su voz, aunque se reconocía el valor de su obra.

Si los personajes de sus comedias se animaran, por arte de ensalmo, en esta hora de duelo, para acompañar los restos mortales de su creador, tal vez formarían un cortejo más numeroso que el de sus amigos y admiradores y acaso habría en ellos un dolor más intenso por su viaje sin retorno.

L. G.